

cando que él es Padre de misericordias, y dador universal de todos los bienes, y autor de nuestra salud. Y todas estas cosas contienen los salmos de David, que están llenos del espíritu de Dios. Y así quien devotamente los cantare, cumplirá con lo que se debe á esta insigne virtud de la religion; la cual despues de las tres virtudes teologales (que miran derechamente á Dios) tiene ella el principado entre todas las virtudes morales, porque tiene á su cargo el culto y veneracion del mismo Dios.

Mas los siervos de Dios, que con toda diligencia anhelan á la perfeccion, no se contentan con solo esto. Y con tener ellos cada dia sus tiempos deputados para tratar con Dios en la oracion, y darle gracias por sus beneficios; mas procuran ordenar su vida de tal manera, que toda ella sea una continua oracion. Y por eso la mezclan en todos los tiempos y lugares: esto es, cuando se acuestan; cuando se levantan, cuando van á comer, cuando acaban de comer, cuando salen de casa, cuando quieren tratar algun negocio, por pequeño que sea; y aun cuando quieren hablar, primero recorren á Dios con el Profeta, diciendo (a): Pon, Señor, guarda en mi boca, y cerradura en mis labios; para que no se desmanden en malas palabras. Pues ya cuando son tentados, cuando atribulados, cuando las prosperidades por una parte, y las adversidades por otra los cercan, ¿con qué armas pelean, y á qué puerto se acogen, sino al de la oracion?

Y no ménos toman ocasion para ella de cuantas cosas notables suceden en la vida humana. Y así cuando oyen algo de los desastres desta vida, de las enfermedades, muertes y pecados del mundo (de que Dios los ha librado), de aquí toman ocasion para darle gracias por esta liberacion; pues entienden que no hay miseria, ni desastre, ni pecado en que caiga un hombre, en que no pueda caer otro hombre, si Dios no le guarda. Pues cuando el sol sale y alegra el mundo con su luz; cuando ven el cielo estrellado en una noche serena; cuando miran las flores de los campos, la verdura de las arboledas, los cantos de las aves, la frescura de los valles, la claridad y perpetuo manantial de los rios y de las fuentes, el resplandor de las perlas, y la variedad y fecundidad de las aves del aire, y de los animales de la tierra, y peces de la mar; de todas estas cosas toman motivos para alabar y glorificar al Criador de tantas maravillas; en las cuales como en un espejo lo ven y reverencian, rastreando por los efectos la hermosura, y sabiduría, y providencia de la primera causa, que es Dios. De modo que como dijo Sant Antonio, todo este mundo les es un libro en que leen las perfecciones y grandezas de Dios; de tal manera que los que saben filosofar y leer por este libro, en todas las cosas ven á Dios, autor de todas ellas.

§. I.

Alteza y pureza de virtudes con que la religion cristiana ordena al hombre á su fin.

Mas no paran aquí los amadores de la perfeccion; sino demas destes actos susodichos que pertenescen á la virtud de la religion, acrescientan los de la caridad; á la cual pertenesce referir y enderezar todas nuestras obras, palabras, pensamientos, y propósitos, y deseos, y todos los pasos de nuestra vida á gloria y honra de Dios; que es proprio oficio de la caridad. Y no solo re-

(a) Psalm 140.

fieren á él todas las obras virtuosas, mas tambien todas las otras que sirven á las necesidades de nuestra vida. Lo cual nos aconseja el Apóstol, cuando dice (b): Ora comais, ó bebais, ó hagais otra cualquier obra, todo lo enderezad y ofrescer á gloria de Dios.

Destá manera, juntándose la virtud de la caridad con la de la religion, se hace un muy buen compuesto, y un linaje de sacrificio muy saludable á las ánimas, y muy agradable á Dios. Porque no se contentan estas dos virtudes con servir y honrar con sus propias obras á Dios, sino llaman y provocan á todas las otras virtudes á lo mismo; esto es, á la paciencia, obediencia, ayunos, vigiliás, oraciones, y asperezas del cuerpo, y obras de misericordia; y finalmente, todas las obras de las otras virtudes, haciéndolas y enderezándolas á honra y gloria de Dios. Destá manera, y con este ejercicio se viene á hacer una vida espiritual y divina; pues toda ella con todas nuestras obras se refiere y endereza á Dios; y por esa misma se cumple perfectamente con la principal de las tres partes de justicia (en que consiste la perfeccion de la vida cristiana), que son, cumplir con lo que debemos á Dios, y á nosotros, y á nuestros prójimos. Entre las cuales tres partes la primera, que tiene respecto á Dios, es tanto mas excelente que las otras dos, quanto es Dios mas excelente que todo lo que no es él; y esas mismas dos partes que pertenescen á las criaturas, no tienen por sí precio, sino por la parte que les cabe de la primera, que es por referirlas y enderezarlas á Dios.

Destá manera pues enseña la doctrina cristiana á los amadores de la perfeccion á andar siempre unidos con Dios, que es la mayor felicidad que en esta vida se puede alcanzar; pues dice el Apóstol (c) que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él. Y este sancto ejercicio nos enseña esta doctrina. Porque no se contenta con que sintamos altamente de Dios y de todas sus perfecciones (conforme á lo que nos enseña la fe), sino quiere tambien que nos ocupemos en predicar y cantar dia y noche sus alabanzas. Y cuán agradable le sea este ejercicio, declarólo en el salmo 49, en el cual desechando todos los sacrificios de la vieja ley, pide este sacrificio de sus alabanzas, diciendo que este es el que verdaderamente le honra y engrandece, y este es el que pone los hombres en el camino de la verdadera salud y felicidad eterna. Y esta manera de sacrificio llama el profeta Oseas (d) becerros de los labios; significando por esto ser mas agradable á la Majestad divina estos becerros de sus alabanzas, que los de otros animales.

Mas al fin desta materia conviene avisar que aunque este ejercicio susodicho sea provechoso para todos los que caminan á la perfeccion, mas señaladamente sirve para los principios. Porque los que arden ya en el amor de Dios, no tienen necesidad destes despertadores para acordarse dél. Porque la llama de amor que arde en sus corazones, los trae de tal manera unidos con él, que no los deja apartar dél. Porque en él solo hallan summa consolacion y descanso, y fuera dél todo les es desabrimiento y amargura.

§. II.

Es nuestra sanctísima religion oficina de toda virtud.

De lo que hasta aquí está dicho se colige lo que al principio propusimos; que es esta singular excelencia

(b) 1. Cor. 10. (c) 1. Cor. 6. (d) Osee ult.

de la fe y religion cristiana, que es ser ella religiosísima; esto es, grande honradora de Dios, y muy dada al culto divino. Esta excelencia entenderemos mejor por comparacion de otra que adelante se sigue, que es, ser muy dada al estudio de la virtud. Porque quien considerare (como adelante dirémos) lo que contienen los oficios divinos, los salmos, los himnos, las antífonas, los responsos, las capitulas, las lecciones de los maitines, las epístolas y evangelios de las misas, con la confesion que les precede, y con las oraciones que se siguen, verá claro que todas estas cosas se ordenan á hacer á los hombres enemigos capitales de los vicios, y amadores y seguidores de toda virtud. Por lo cual se entenderá ser la religion cristiana una perfectísima escuela y oficina de toda virtud y sanctidad, que es una de las grandes excelencias y glorias que ella tiene.

Pues conforme á esto digo que quien considerare todas estas cosas susodichas, verá ser ella tambien religiosísima, esto es, grande honradora de Dios; porque en estas mismas cosas juntamente andan mezcladas las alabanzas divinas, y el estudio de la oracion, que son partes de la religion. Y lo mismo nos declara el *Gloria Patri* que se pone al fin de los salmos, y de los himnos, y la gloria de la misa, y el prefacio della. Y lo mismo nos declaran las fiestas del año, no solo las de Cristo nuestro Señor, sino tambien las de los sanctos, porque en ellas glorifica la Iglesia á Dios, que es admirable en ellos; y por eso los honra en sus fiestas, porque fuéron ellos grandes honradores de Dios; y así todo lo que la Iglesia hace, redundá en gloria y alabanza del mismo Dios.

Con estas dos excelencias de la religion cristiana se pone adelante otra, que es ser ella sobrenatural y divina. Porque la ley que tenemos, fué dada por Dios; y la gracia con que se guarda, es dádiva de Dios; y los sacramentos que nos dan esa gracia, fuéron instituidos por el mismo Hijo de Dios; y la fe que es fundamento de la religion cristiana, y entrada para los sacramentos, es don especial de Dios; y el premio que se da al guardador desta sancta ley, es el mismo Dios visto claramente en su misma esencia y hermosura. En lo cual se conoce ser esta sancta religion toda divina; pues el principio, y los medios, y el fin son divinos. Y del mismo fundamento se infiere ser esta sancta religion sobrenatural (que es otra grande excelencia), porque levanta al hombre sobre todo lo humano, y sobre toda la alteza y dignidad de su naturaleza, y lo traslada y hace entrar en la orden de las cosas divinas.

§. III.

Nuestra sanctísima religion es toda espiritual, que condena con mayor claridad la secta de Mahoma.

A estas tres excelencias me pareció añadir la cuarta (aunque salga un poco del propósito), y esta es, que como ella es toda divina, así es toda espiritual: conviene saber, contraria á los apetitos de la carne, y conforme á las leyes del espíritu. Para cuyo entendimiento es de notar que así como el hombre está compuesto de dos partes, que son carne y espíritu, una de las cuales lo hace semejante á las bestias, y la otra á los ángeles, por donde así como un hombre que es juntamente médico y zurujano, puede usar de cualquiera destes dos oficios, así el hombre, porque es compuesto destas dos naturalezas, espíritu y carne, puede vivir dos maneras de vi-

das: una carnal siguiendo los apetitos de su carne, con que se hace semejante á las bestias; y otra espiritual, siguiendo las leyes é inclinaciones del espíritu, con que se hace semejante á los ángeles, y al mismo Dios, á cuya imágen y semejanza fué criado.

Digo pues que esta es otra excelencia de la religion cristiana, ser ella toda espiritual, y enseñarnos á mortificar los apetitos sensuales de nuestra carne, y vivir conforme á las leyes del espíritu; lo cual nos enseña el Apóstol cuando dice (e): Si viviéredes segun la carne, moriréis; y si con la fuerza del espíritu mortificáredes las obras de la carne, viviréis. Y en otro lugar (f): El que siembra por parte de su carne obras de carne, cogerá de la carne obras de corrupcion; y el que siembra por su espíritu obras espirituales, el fructo que desta sementera cogerá, será la vida eterna. Y en otro lugar hablando con los mas aprovechados en el camino de Dios dice (g): Los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y concupiscencias. De modo que la vida destes es una perpetua lucha, y una conjuracion del espíritu contra la carne y contra todos sus aliados, que son sus apetitos. Y en esta excelencia se verá cuán diferente sea la ley de los cristianos de la de los moros; pues la una (como está dicho) es toda espiritual, y la otra toda carnal; pues da licencia para tantas carnalidades y vicios de mujeres: y otras mucho mayores promete en su paraíso tan sucio y bestial, como él lo fué: cuyos discípulos son todos los que viven conforme á los apetitos de su carne; porque aunque escupen y blasfeman con las palabras á Mahoma, con las obras le imitan; que es cosa de grande lástima y confusion: en la cual vive la mayor parte del mundo.

Estas cuatro excelencias susodichas, con las demas que se siguen, bastan para que el cristiano se alegre, y dé gracias á Dios por haberle cabido tan dichosa suerte como es haber nacido en la casa de Dios, que es su Iglesia, donde está el conocimiento de la verdad, que nos lleva á la vida eterna.

CAPITULO VI.

Quinta excelencia de la fe y religion cristiana, que es la rectitud de las leyes que nos manda guardar.

Despues de honrar y sentir altamente de Dios (de que habemos tratado), lo que ha de tener la verdadera religion, son leyes sanctísimas, conformes á la lumbre natural que el Criador imprimió en nuestros corazones; las cuales ninguna cosa admitan contra ella; y esto con palabras claras y compendiosas. Lo cual se halla tan perfectamente en la religion cristiana, que no se puede mas desear. Ca ella resume todas las leyes en dos palabras: que son amar á Dios sobre todas las cosas, y á los prójimos como á nosotros mismos. Destas dos leyes tratarémos agora aquí brevemente, y primero de la primera.

Pues la primera ley, y la mas alta, mas justa, y mas obligatoria es amar á Dios sobre todas las cosas (a), y amarle con toda nuestra voluntad, entendimiento y memoria, y con todas nuestras fuerzas, y finalmente, con todo lo que él crió; para que todo sirva á quien todo lo dió. Amámosle con toda nuestra voluntad, deseando que él sea el que es (que es la summa de todos los bienes), y deseando que todas sus criaturas le alaben, y sirvan, y glorifiquen, y doliéndonos de corazon porque no lo hacen. Amámosle

(e) Rom. 8 (f) Gal. 6. (g) Gal. 5. (a) Deut. 6. Luc. 10.

tambien con el entendimiento, considerando sus divinas perfecciones y grandezas, y todo aquello que nos puede inducir á su amor. Amámoste con la memoria, acordándonos de los beneficios recibidos; porque estos aun á las bestias fieras incitan á amar á quien bien les hace; pues como dice el Profeta (b) hasta el buey y el asno (que son animales rudísimos) reconocen el pesebre de su señor. Amámoste tambien con todas nuestras fuerzas, cuando todas las empleamos en el servicio de quien las dió y las conserva.

Aquí es de notar que como la excelencia pasada principalmente pertenece á la fe, así esta pertenece á la caridad, que es forma y vida de la misma fe, y de todas las virtudes, sin la cual ellas ni son virtudes cristianas, ni tienen mérito ante Dios. Y como dijimos que la fe era don de Dios, así decimos que lo es tambien la caridad, y aun el mayor de los dones suyos; como lo prueba largamente el Apóstol en la primera epístola á los de Corinto (c), y en la que escribió á los romanos (d), donde dice que la caridad de Dios ha sido infundida en nuestros corazones por virtud del Espíritu Sancto que nos es dado. Donde claramente muestra ser esta virtud don de Dios, infundido por él en nuestros corazones.

Y como la fe nos obliga á creer en Dios con tanta firmeza, que estemos aparejados á perder la vida con todo cuanto mas tuviéramos por ella; así la caridad nos obliga á amar á Dios mas que todas las cosas que en esta vida se aman; y aborrecer el pecado, que le es contrario, sobre todas las cosas que se aborrecen; porque por él perdemos á Dios. De donde se infiere que ofreciéndose caso en que hayamos de perder todas las cosas que en esta vida se aman, ó perder á Dios con un pecado mortal, estamos obligados á posponerlo todo por no perder á Dios. De lo cual tenemos ejemplo muy palpable en la sancta Susanna (e), la cual puesta en medio de estos dos tan grandes contrastes, se determinó de perder vida, fama y honra suya, y de sus padres, marido y hijos, con todo lo demas que se pierde perdida la vida, ántes que hacer una ofensa con que perdía á Dios. Pero mas admirable ejemplo es el de tres madres: una del Testamento Viejo, que fué la madre de los siete Macabeos (f); y dos del Nuevo, por nombre Felicitas y Sinforsosa, cada una dellas con siete hijos mancebos. Las cuales consintieron despedazar las carnes de sus hijos delante de sus ojos, por no cometer una ofensa contra Dios.

Pues en esto son conformes la fe y la caridad; porque como la fe nos obliga á morir por no perderla, así tambien la ley de la caridad. Y cuanto toca á lo que debe á Dios, no se puede poner otra ley mas justa ni mas obligatoria que esta que nos propone la religion cristiana.

Esta virtud, que es reina de todas las virtudes, habia mucho que decir en este lugar; mas porque están escritos dos tratados nuestros del amor de Dios, uno en el Memorial de la vida Cristiana, y otro en las Addiciones dél, donde esta materia se trata copiosamente, no digo mas en este lugar.

§. ÚNICO.

Excelencias de la ley de la caridad para con el prójimo, y virtudes que incluye.

Mas vengó á la segunda ley, que toca al amor del prójimo; el cual nos encomienda la religion cristiana tan

(b) Esaf. 1. (c) 1. Cor. 13. (d) Rom. 5. (e) Dan. 13. (f) 2. Mach. 7.

encarecidamente, que nos manda amarle como á nosotros mismos (g): que es lo último que se puede encarecer. Pues ¿qué virtud hay que no se comprenda en este mandamiento, y qué vicio que no se excluya con él? Porque amando yo al prójimo como á mí, como yo no quiero ser agraviado, ni maltratado, ni robado, ni infamado, ni injuriado, ni deshonrado de nadie; así yo nada desto haré contra mi prójimo. Y por el contrario, como yo deseo ser socorrido en mis necesidades, y ayudado en mis trabajos, y consolado en mis angustias, y amparado en mis peligros; así usaré yo de todos estos oficios y beneficios con mis prójimos. Y así en estas dos palabras están resumidas todas las leyes, y todas las escrituras.

Mas: el amor de los prójimos (que es cuchillo y muerte de los infinitos pecados que se hacen contra ellos) nos encomendó el Salvador tan encarecidamente en su doctrina, que dice estas palabras (h): Si llegares á ofrescer tu ofrenda en el altar, y en ese lugar te acordares que tu prójimo ha recibido algun agravio de tí, deja tu ofrenda al pié del altar, y ve primero á reconciliarte con tu prójimo; y esto hecho, vuelve á ofrescer tu ofrenda. No parece que se pudiera encarecer mas esta ley de la caridad para con los prójimos, que querer Dios en cierta manera anteponer la deuda que debemos al prójimo, á la ofrenda y sacrificio que se ofresce á él. En lo cual da á entender que ningun linaje de servicio ni sacrificio le agrada si al prójimo tenemos agraviado, y no hacemos lo que es de nuestra parte para desagraviarlo. Pues segun esto ¿cuán justo, y cuán grande amor es de los hombres que él crió, quien tan justa, tan caritativa y piadosa ley les dió!

Pues ¿qué diré de aquellas divinas palabras con que en el día del juicio ha de galardonar las obras de caridad y misericordia, diciendo á los buenos: Lo que hecistes á uno de estos pobrecitos, á mí mismo lo hecistes (i)? Y habiendo otras muchas obras virtuosas por las cuales se da el reino del cielo, no se hace aquí mencion sino de las obras de caridad: para declararnos aquel Maestro que nos vino del cielo, cuánta parte sean estas obras de misericordia para alcanzar misericordia delante de Dios, y cuánta parte la falta dellas para no alcanzarla.

Pues ¿qué ley se pudiera poner á los hombres mas dulce y mas caritativa que esta? Y ¿con qué palabras pudiera mas nuestro Señor encarecer las obras de caridad y misericordia, que con estas? Si este Señor con toda su sabiduría quisiera inducir los hombres á estas obras, ¿qué mas pudiera hacer que decir: Lo que hecistes á uno de estos necesitados, á mi persona lo hecistes? En lo cual se ve cuánta sea la hermosura y excelencia de la ley de los cristianos; pues toda ella consiste en caridad, y benevolencia, y obras de piedad, y hermandad. Y ¿qué sería el mundo si esta ley se guardase, sino un paraíso terrenal; siendo agora, como lo es en mucha parte, una congregacion de fieras, que se comen unas á otras?

Y no es menor excelencia desta sanctísima ley, no haber en ella cosa que se pueda llamar imperfeccion. De lo cual no carecia la ley antigua: donde (por no ser aun venida la luz y gracia del Evangelio) se sufrían algunas imperfecciones: como era tener muchas mujeres (k), y dar libelo de repudio á la que les descontent-

(g) Matth. 22. (h) Matth. 5. (i) Matth. 25. (k) Gen. 4.

tase (l). Lo cual dice el Salvador (m) que permitió Moises por la dureza de corazón de aquel pueblo, porque no cayesen en otro mal mayor, matando las mujeres que les descontentasen. Pero nada desto consenten las leyes de nuestra sanctísima fe y religion.

Mas aquí es mucho para considerar la bondad y providencia de nuestro Señor: el cual como desea que todos los hombres se salven, y vengan á gozar de la bienaventuranza para que fuéron criados (n), hizo para esto el camino fácil y muy llano; porque demas de las fuerzas de la gracia que les da para caminar por él, quitóles la carga pesada de la vieja ley, resumiendo toda su doctrina en estas dos leyes susodichas de amor, tan fáciles de guardar. Porque como él venia á hacer de dos pueblos uno, que era de judíos y gentiles, quitó de por medio lo que á cada una de las partes ofendia. A los judíos ofendia la idolatría de los gentiles, y á los gentiles la carga de la ley de los judíos. Pues por esto el que venia á confederar estos dos pueblos, quitó los ofensivos de ambos; porque quitó la idolatría de los gentiles, y las cargas de la ley de los judíos: como mas largamente lo declara el Apóstol en la Epístola escrita á los de Efeso (o). Y desta manera quedó toda la doctrina cristiana recogida en estos dos mandamientos susodichos de la caridad, de que penden (como dice el Salvador) la ley y los profetas (p). Y la guarda desta ley basta para la salvacion de cualquiera fiel que la guardare.

CAPITULO VII.

Sexta excelencia de la religion cristiana, que es la alteza de la vida que mediante los consejos evangélicos nos enseña.

Es nuestro Señor tan deseoso de la salvacion de los hombres, que les facilitó el camino del cielo, quitándoles la carga de los mandamientos de la ley antigua, y resumiendo la doctrina de la nueva ley en estos dos mandamientos susodichos, tan conformes á la lumbrera natural de la razon; para que el que fuere desobediente, no tenga excusa honesta que alegar por sí.

Mas para los que no contentos con esto anhelan á la perfeccion de la vida cristiana, propúoles en su Evangelio consejos de grande perfeccion, mediante los cuales levantándolos sobre la facultad y condicion de la naturaleza humana, los hace espirituales y divinos, y semejantes á Dios y á sus sanctos ángeles. Los cuales apuntaremos aquí brevemente, porque la declaracion dellos pide mas largo tratado; puesto caso que en algunos dellos nos detendremos algo mas.

Pues entre estos consejos el primero es, que despues de amar los enemigos (á que nos obliga la ley de la caridad susodicha) pásemos adelante, y hagamos bien á quien nos hace mal (a), y roguemos á Dios por ellos, procurando de vencer su malquerencia con nuestros beneficios. Otro consejo se sigue despues deste, el cual sirve á la perfeccion y fineza desta misma caridad, que es no traer pleitos, por seguirse muchas veces dellos rancores y malas voluntades (b). Otro es no jurar (c) aunque sea verdad lo que se jura, por la reverencia que se debe al nombre de nuestro Señor. Otro consejo es el de la castidad (d), el cual libra al hombre de las cargas y cuidados del matrimonio, que suelen distraer el espíritu (e). Otro es el de la pobreza evangélica (f), con el cual despide

el hombre de sí todos los cuidados, y negocios, y pleitos que suelen traer consigo la posesion de los bienes temporales. Otro consejo es el de la obediencia (g), con el cual el hombre se despoja de sí mismo, renunciando su propia voluntad en manos de su superior. Y con estos tres postreros consejos queda el hombre dentro y fuera de sí libre y desembarazado para entregarse todo á la contemplacion de las cosas divinas. Otro consejo es el de los ayunos y abstinencia (h) con que maceramos y enflaquecemos nuestra carne, y así tambien se enflaquecen las pasiones que della proceden. Otro consejo es el de la limosna y obras de misericordia espirituales y corporales (i), no solo en caso de extrema ó grande necesidad, porque en estos casos mas es precepto que consejo (k), sino tambien fuera dellos.

Todos estos consejos se ordenan á un muy alto fin: que es traer siempre nuestro espíritu unido con Dios. Y por eso es muy encomendado otro consejo divino: que es la frecuente y continuada oracion (l). Porque esta es la que junta nuestro espíritu con Dios, hablando y conversando con él; demas de ser ella un eficazísimo medio para alcanzar la gracia (pues su oficio proprio es pedirla), mediante la cual cobra el hombre nuevo espíritu, y nuevas fuerzas para la guarda de los mandamientos divinos. Por lo cual dijo el Eclesiástico (m): Quien guarda la ley, multiplica la oracion. Porque como entiende que no puede guardar perfectamente esa ley sin el socorro de la gracia, cuanto con mayor cuidado pretende guardar la ley, tanto con mayor estudio frecuenta la oracion con que se alcanza la gracia que nos da fuerzas para guardar esa ley. Este oficio es tan proprio del cristiano, que dél (como de cosa muy principal) quiso el Señor que se intitulase su Iglesia, cuando dijo (n): Mi casa será llamada casa de oracion en todas las gentes. Y por esto todas las sanctas Escrituras á cada paso nos encomiendan esta virtud. Sant Pablo en la carta que escribe á los de Tesalónica, dice (o): Haced oracion sin cesar, y dad gracias al Señor en todas las cosas. En otra manda, que para defendernos de las tentaciones del enemigo, hagamos oracion en todo tiempo en espíritu (p): que es con entrañable devocion y atencion. En otra dice (q): Quiero que los hombres hagan oracion en todo lugar, levantando las manos puras á Dios. Y estima en tanto el Apóstol esta virtud, que por amor della aconseja la castidad; porque así esté el hombre mas libre para darse á la oracion (r). De manera que (bien mirado) la perfeccion de la vida cristiana, guardada conforme á los consejos del Evangelio, es una perpetua oracion: que es traer siempre el corazón levantado á Dios, como lo hacian todos los sanctos, y especialmente aquellos que se acogian á la soledad de los desiertos para vacar siempre á Dios. Pues ¿qué es esto, sino querer que el hombre esté siempre unido con Dios, y que trate siempre con Dios, y que negocie todas sus cosas con Dios, y finalmente que estando en la tierra, more en el cielo conversando con Dios? Y ¿qué es esto, sino imitar el oficio de los ángeles, que están siempre en la presencia de aquella soberana majestad (s)? Y ¿qué se puede esperar de aquí, sino que como Moises bajó del monte lleno de claridad (t), por haber tanto tiempo comunicado con

(g) Luc. 22. Joan. 13. Hebr. 13. (h) Matth. 6. (i) Ibidem. Luc. 10. 14. (k) 1. Joan. 5. (l) Matth. 6. Luc. 18. 21. (m) Eccli. 35. (n) Esaf. 56. Matth. 21. (o) 1. Thess. 5. (p) Ephes. 6. (q) 1. Tim. 2. (r) 1. Cor. 7. (s) Matth. 18. (t) Exod. 34.

(l) Dent. 21. 24. (m) Matth. 19. (n) 1. Tim. 2. (o) Ephes. 2. (p) Matth. 22. (a) Matth. 5. (b) Ibidem. Luc. 6. (c) Matth. 5. (d) Ibid. 19. (e) 1. Cor. 7. (f) Matth. 6. 19.

Dios, así venga el hombre á hacerse divino por esta misma comunicacion? Porque si dice el Apóstol que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él (e), ¿qué se puede esperar de aquí, sino hacerse el hombre espiritual y divino? Esta diferencia ponen los filósofos entre nuestros sentidos, y el entendimiento: que aquellos se ofenden con las cosas muy sensibles, como los ojos con una grande luz, y los oídos con un gran trueno; mas por el contrario el entendimiento tanto mas se ennoblece y perfecciona, cuanto las cosas que contempla son mas altas. Pues no habiendo cosa mas alta en el mundo que Dios, ¿cuán ennoblecido y ahidalgado quedará nuestro entendimiento estando siempre levantado y ocupado en Dios? Esto solo basta (aunque mas no hubiese) para conocer la alteza de la religion que tal doctrina y tal ejercicio nos enseña.

§. I.

Es muy conforme la pureza de la ley evangélica á la alteza del fin á que se ordena.

Otro consejo altísimo es el que arriba tocamos de la virginidad y castidad (x): el cual levanta al hombre sobre la facultad y condicion de la naturaleza humana, y lo hace semejante á los ángeles, y á los moradores del cielo, donde, como dice el Salvador, no hay bodas ni casamientos (y). Esta virtud, que así levanta al hombre, es especial don de Dios, sin cuya gracia nadie la puede perpetuamente guardar (z). Es tambien esta virtud amiga de la oracion; y por esta causa la aconseja el Apóstol á los fieles de Corinto (a), para que (como él dice) libres de las cargas y cuidados del matrimonio, puedan sin impedimento emplearse en el oficio de la oracion. Y como esta virtud ayuda por esta via á la oracion, así la oracion es uno de los principales medios por donde ella se alcanza, como lo es tambien para los otros dones de Dios.

Y como esta virtud es muy alabada en la ley de gracia, así es grandemente aborrecido el vicio contrario á ella. Por donde los apóstoles libertando á los fieles que habian creído de los gentiles, de las cargas de la ley antigua (b), resumieron su doctrina en mandarles que se apartasen de la veneracion de los ídolos, y del pecado de la fornicacion, como uno de los principales vicios que aborrece la pureza de la religion cristiana (c). Aunque tambien figuró esto Dios en la ley con la cerimonia de la circuncision, por la cual nos manda cortar y cercenar de nuestras vidas este vicio (d). Del cual tambien nos aparta el Apóstol diciendo (e) que todos los pecados que hacen los hombres, están fuera de sus cuerpos; mas este ensucia y profana su proprio cuerpo, y lo inhabilita para ser templo de Dios.

Mas tornando al propósito, todos estos consejos que aquí habemos contado, nos declaran cuán grande sea la perfeccion de la vida cristiana, pues levanta al hombre sobre la condicion de su propia naturaleza á una vida sobrenatural y divina. Lo cual no solo declaran estos consejos susodichos (á que contradice la condicion de la naturaleza corrupta), sino tambien la alteza del fin á que ella se ordena, que es ver la esencia divina en su misma gloria y hermosura: lo cual á ninguna criatura criada, ni por criar (por altísima que fuese) puede convenir por via de naturaleza, sino por sola la divina gracia.

(e) 1. Cor. 6. (x) Matth. 19. (y) Luc. 20. (z) Gal. 5. (a) 1. Cor. 7. (b) 1. Cor. 7. (c) Act. 15. (d) Genes. 17. (e) 1. Cor. 6.

Por donde como el fin es sobrenatural, así lo han de ser todos los medios; pues es regla de filosofia, que el fin y los medios han de ser de la misma órden; y así lo son en esta parte. Ca los medios para conseguir este fin son las virtudes infusas, que son sobrenaturales; y la gracia de donde ellas proceden, tambien es sobrenatural, infundida por el Espíritu Santo; y los sacramentos que causan y dan esta gracia, tambien tienen debajo de forma visible, virtud y gracia invisible. Y demas desto la fe, que es fundamento de todo lo dicho, es una lumbré sobrenatural que infunde Dios en el ánima, que la inclina á creer todo lo que él nos tiene revelado, aunque sobrepuje la facultad de la razon. Por donde confesar la religion cristiana muchas cosas que no alcanza nuestra razon, no solo no es argumento contra ella, sino por ella; pues siendo el fin (como dijimos) sobrenatural, necesariamente se sigue que tambien lo han de ser los medios.

Donde tambien es de notar que como esta manera de vida es sobrenatural, así tambien es celestial y divina, y toda llena de virtud y sanctidad; porque quien estuviere atento á las misas, y oficios divinos, y á las antifonas, y responsos, y oraciones que se cantan en ellos, y á los sacramentos que se administran en ellos, verá claro que todo ello sirve para inducir los hombres á ser justos y sanctos; y que no es otra cosa la Iglesia cristiana, sino una oficina, y escuela de sanctidad y virtud; pues ninguna otra cosa se trata en ella sino esta. Lo cual declararon brevemente los dos sanctos hermanos Joannes y Paulo, cuando mandaron decir al apóstata Juliano que se habian apartado de su compañía por haber él desamparado una religion llena de virtudes (f). Lo cual es manifesto indicio de la excelencia desta religion; pues toda ella, y todas las partes della se ordenan á hacer á los hombres virtuosos, y honrradores de Dios. Por donde ella misma sin traer razones ni argumentos de fuera, se justifica y aprueba con su misma sanctidad y hermosura, como al principio dijimos.

§. II.

Altura y perfeccion á que elevan al alma sus consejos.

Estos pues son los consejos que nos vino á dar del cielo aquel Señor que por esto se llama Angel de gran consejo (g). Esto nos enseñó en toda la doctrina de su Evangelio, y mucho mas con los ejemplos de su vida sanctísima. Estos guardaron los apóstoles; estos los pontífices que les sucedieron; estos aquellos sanctos padres que moraban en los desiertos; estos las vírgines purísimas que gloriosamente triunfaron de su flaca naturaleza y de su misma carne, subjectándola al espíritu. Y estos mismos abrazan hoy dia todos los amadores de la vida y perfeccion evangélica.

Esta es pues la mas alta manera de vida que nos enseña la doctrina cristiana. Esta es la que nos descarna de toda carne, y nos hace vivir conforme á la mejor y mas alta parte de nosotros, que es el espíritu. Esta es la que levanta el hombre sobre sí mismo: que es sobre la naturaleza de su carne (que á todo esto contradice), y así lo hace semejante en su grado á aquellas soberanas inteligencias que viven sin carne. Y esta finalmente es la que libertando al hombre de los cuidados y negocios, y aficiones de las cosas de la tierra, lo levanta á las del cielo, y lo habilita para la contemplacion de las cosas

(f) Eccles. in Offic. ex eor. actis. (g) Esaf. 9.

divinas; en la cual consiste la bienaventuranza que en esta vida se puede alcanzar. Y (lo que mas es) por este medio se junta el hombre con Dios, que es el centro y lugar de su paz y cumplido reposo, y la summa de toda nuestra felicidad. Porque así como la piedra que contra su naturaleza está en lo alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego ella por sí se viene á lo bajo (que es su lugar natural), así nuestra ánima libertada por virtud de la gracia de todos los impedimentos, que se quitan con la guarda destes consejos, ella luego (como sea espíritu, y tenga aquel supremo espíritu por su centro) con facilidad y suavidad caminará para él, y así se hace una cosa con él. Y siendo esto así, queda probada y declarada la excelencia de la religion cristiana: que es tener leyes justísimas, y demas dellas consejos altísimos y sanctísimos para los que anhelan á la perfeccion, como ya está declarado.

Por todo lo dicho entenderemos que hay dos maneras de vida en la religion cristiana: una de aquellos que guardan fielmente los mandamientos; y otra de los que se esfuerzan á guardar tambien los consejos. Las cuales vidas se nos representan en dos maneras de sacrificios que se usaban en la ley (h): unos en que se quemaban y ofrescian á Dios las enjundias y grosuras de los animales; y otros mas perfectos, en que todo el animal entero se quemaba y ofrescia á Dios, que llamaban holocaustos. Por los primeros entendemos los que cumpliendo fielmente con la ley de la caridad, ofrescen á Dios lo interior de su corazon por amor, y lo demas del tiempo y del corazon emplean en el remedio de sus necesidades. Mas por los segundos entendemos los que renunciando todos estos cuidados y negocios, no tratan mas que un solo negocio, que es vacar á Dios, y juntar su espíritu por ardentísimo y continuo amor con él. Tal fué la vida de los sanctos, que morando con los cuerpos en la peregrinacion desta vida (teniéndose por extrajeros y huéspedes en ella), con el pensamiento y con el deseo conversaban en el cielo. Bienaventurados pues los que de tal manera viven, que merecen ser sacrificios vivos de Dios; pero muy mas bienaventurados los que de tal manera se entregaron á él, que se pueden llamar holocaustos.

Mas aquí advierto que estos sobredichos, que regularmente son consejos, en caso de necesidad vienen á ser preceptos: como es el consejo de la limosna en graves ó extremas necesidades, y el del ayuno, y de la oracion, y así los demas en casos que se ofrescen.

CAPITULO VIII.

Séptima excelencia de la religion cristiana: que sola ella tiene sacramentos que causan y dan gracia.

Mas dado caso que el oficio y fin de las buenas leyes sea atajar los pecados y enfrenar nuestros apetitos; mas no basta ella sola para esto, por razon de la comun dolencia de la naturaleza humana que nos vino por el pecado: por el cual quedó ella tan pervertida (como arriba declaramos), que teniendo las afecciones y deseos vivísimos para todo lo corporal, los tiene muy flacos para todo lo espiritual. De modo que ella está como un enfermo que tiene la mitad del cuerpo paralizado; el cual tiene una parte tan sensible, que una picadura de un mosquito le da pena; y en la otra no siente ni un cauterio de fuego. Pues desta manera quedó el hombre

(h) Levit. 1. et. 5.

miserable tan insensible para las heridas mortales de su ánima, y tan sensible para cualquier daño del cuerpo. Ni para la cura desta dolencia bastan las leyes de Dios con todas sus promesas y amenazas, y con todos sus castigos y beneficios; porque todo esto tuvieron un tiempo los judíos, y con todo eso se desmandaron tanto, que parte dellos fueron llevados captivos á Babilonia (a), y otra parte (que era la mayor de los diez tribus) fué desposeída de la tierra de promision que Dios les habia dado, y llevados captivos á tierras extrañas, sin que todas las leyes que Dios les habia puesto para enfrenar sus apetitos, bastasen para esto: ántes, segun dice el Apóstol (b), con la prohibicion de la ley creció mas el apetito de lo que por ella les era vedado.

Este miserable estado en que el hombre quedó, nos representa aquel endemoniado de quien se escribe en el Evangelio (c) que moraba en los monumentos; el cual era tan bravo y tan furioso, que hacia pedazos todas las ataduras y cadenas con que lo prendian. Pues tal es el hombre despojado de la gracia, á quien todas las cadenas y prisiones de las leyes con que Dios le queria tener preso y subjecto á la guarda de sus mandamientos, las rompe y hace pedazos con el furor y vehemencia de sus apetitos. Los cuales son tales, que hacen al hombre carnal de peor condicion que los brutos animales. Porque estos no apescescen mas que aquello á que su naturaleza los inclina; mas el hombre, demas de tener él por parte de su carne semejantes inclinaciones á las de los brutos, tiene tambien razon y entendimiento para inventar otros linajes de torpezas, y carnalidades, y otras invenciones de regalos, y crueldades ajenas de toda humanidad: como se ve en la extrañeza de los tormentos con que los tiranos atormentaban los sanctos mártires.

Esto nos declara la necesidad que tenemos del socorro de la gracia y de los sacramentos, por los cuales ella se nos da. Y por aquí entenderemos la perfeccion de la ley y religion cristiana entre cuantas ha habido en el mundo (aunque entré en esta cuenta la ley dada por Dios en el monte Sinaí), porque ella sola es la que tiene sacramentos que dan gracia, con cuya virtud se guarda la ley divina. Para cuyo entendimiento habemos de notar que es conclusion de fe católica, contra la herejia de Pelagio (d), que ningun hombre puede guardar enteramente la ley de Dios, y vivir por largo tiempo sin caer en algun pecado mortal, sin el socorro de la divina gracia. Esto nos declaró el Salvador, cuando hablando con sus discípulos dijo (e): Sin mí ninguna cosa podeis hacer. Y el sancto Job hablando con Dios (f): ¿Quién, dice él, puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino solo vos, Señor? Y Moisen hablando con Dios (g): Nadie, dice él, por sí mismo puede ser inocente delante de vos. Pues siendo verdad que ningun hombre puede enteramente guardar la ley de Dios sin el socorro de su gracia; y no guardándola, no se puede salvar: síguese que la mayor necesidad de cuantas el hombre tiene, es del socorro desta gracia. Y pues tenemos ya por cosa cierta y averiguada que aquella soberana y perfecta providencia no falta en las cosas necesarias al bien de sus criaturas, mucho ménos faltará al hombre en la mayor de sus necesidades, que es esta, de la cual pende su sal-

(a) 4. Reg. 17. et. 25. (b) Rom. 7. (c) Marc. 5. (d) Aug. ad Valent. Epist. 47. tom. 2. et. alibi sæpè. (e) Joan. 15. (f) Job 14. (g) Exod. 34.

vacación ó condenación. Pues á esto acudió él perfectísimamente con los sacramentos de la ley de gracia: que son medicinas espirituales desta comun dolencia, y cañones por donde corre y se deriva en nuestras ánimas el agua de la divina gracia. La cual demas de hacer al ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, trae consigo todas las virtudes; las cuales la esfuerzan y habilitan, así para la guarda de los divinos mandamientos, como para resistir á todas las tentaciones de nuestros adversarios, y enfrenar todos nuestros apetitos.

Mas aquí es de notar que cada uno de los sacramentos tiene un efecto comun, y otro particular. El comun es dar esta gracia (que es comun á todos los sacramentos de la ley de gracia, cuando el hombre de su parte no pone impedimento para ella), y el particular es el que cada uno tiene para remedio de alguna particular necesidad de nuestra ánima. Porque como sean diversas estas necesidades, así eran necesarias diversas maneras de remedios para la cura dellas. Y conforme á esto un sacramento sirve para nacer en la vida espiritual, y quitar el pecado original; otro para fortalecernos en esta vida; otro para mantener y conservarnos en ella; otro para la cura de nuestras enfermedades espirituales, que son los pecados; y otro para quitar las reliquias dellas, y ayudarnos en el fin de nuestra vida, que es la extrema-unción. Mas los otros dos, que son de la orden y matrimonio, sirven para ayudar los hombres á cumplir con las leyes y obligaciones destas dos maneras de vidas que hay en la Iglesia cristiana, que son sacerdotes y casados.

Todo esto nos declara ser Dios el autor desta santísima fe y religion; pues á la perfección de su divina Providencia pertenecía proveer de saludables y convenientes remedios á estas necesidades tan notorias; y no era razon que faltase esta providencia en las necesidades espirituales (que son de mayor importancia), pues no falta en las corporales, que tan poco importan. Y esta es una de las cosas que declaran la perfección y excelencia de nuestra religion, y la imperfección de todas las otras, que destes remedios tan necesarios carecen.

CAPITULO IX.

Octava excelencia de la religion cristiana, que es el favor grande que promete á la virtud, y disfavor á los vicios.

La quinta cosa que ha de tener la verdadera religion, es que proponga grandes favores á la virtud, y grandes desfavores al vicio, señalando grandes premios y honras á lo uno, y grandes desfavores y castigos á lo otro; pues nos consta que (como suelen decir) pena y premio son los dos pesos que traen al reloj de la república y de nuestra vida concertado. Pues quanto á esto es tan extremada nuestra religion, que no hay cosa que se pueda comparar con ella. Porque á la virtud promete tan grandes bienes, que, como el Apóstol dice (a), ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón de hombre pudo haber lo que Dios tiene aparejado para los que le aman. Porque no les promete ménos que la participación de su misma gloria; la cual consiste en ver claramente la esencia divina, y gozar eternamente della. Mas por el contrario, propone á los malos y rebeldes la pena del infierno; que es fuego eterno, y privación del summo bien. La cual pena es dos veces infinita: la una, porque priva al condenado de un bien infinito, que es Dios; y la otra, por-

(a) 1. Cor. 2. Esal. 64.

que ha de durar para siempre, por lo cual se llama infinita por carecer de fin.

Y para mayor gloria y pena de buenos y malos propone la fe otra cosa que nunca toda la filosofía del mundo alcanzó ni pudo alcanzar, que es la resurrección de los cuerpos; para que pues el cuerpo del justo llevó parte de la carga de la virtud, ayunando, y velando, y orando, y el del mártir padeciendo, tenga su parte con el ánima en la gloria, pues la ayudó fielmente á llevar la carga. Y por el contrario el del malo, que por cumplir con sus apetitos y deleites despreció las leyes de Dios, pague juntamente con el ánima la golosina de su culpa con la pena. Y esto todo pertenece á la rectitud de la divina Justicia; la cual justísimamente ordenó que pues todo el hombre en cuerpo y ánima pecó, en ambas cosas padezca; y el que en ambas por su amor trabajó, en ambas sea galardonado. Mas en este artículo de nuestra fe la maravilla es, que el mismo cuerpo que murió, ha de resucitar, y no otro por él (b). Porque hacer otro de nuevo sería contra esa misma justicia; pues sería castigar al cuerpo que nunca pecó, y galardonar al que nada mereció. De lo cual se seguiría que el cuerpo del malo se alegraría viendo que no él, sino otro por él había de ser atormentado; y el del justo por el contrario se entristecería viendo que no él, sino otro por él había de ser galardonado.

Mas no piense nadie que todo el galardón y castigo de buenos y malos se guarda para la otra vida. Porque tambien en esta promete Dios á sus fieles siervos mil maneras de favores, y otras tantas maneras de azotes y calamidades á los malos; de que están llenas todas las santas Escrituras, y señaladamente las de los profetas, que principalmente tratan destas dos cosas; y por excusar prolijidad no se ponen aquí (c). Por lo cual todo se ve cuán favorecida sea la virtud, y cuán desfavorecido el vicio en la religion cristiana. Esta excelencia es tan grande, y tan poderosa para hacer los hombres guardadores de la ley de Dios, que della ha procedido la infinidad de santos y santas que ha habido y hay en el mundo; por entender ellos la importancia deste negocio, que no es ménos que pena y gloria de todos los siglos; y así provocados con lo uno, y atemorizados con lo otro, con estas dos tan agudas espuelas de temor y esperanza, corren apresuradamente por la senda estrecha de la virtud. Y esta esperanza fué la que señaladamente esforzó los santos mártires en medio de sus tormentos; porque sabian que acabando de dar la postrera boqueada, les estaban luego abiertas de par en par las puertas del cielo, y los ángeles aparejados para acompañarlos en este camino. Mas quitada esta esperanza, ¿qué se puede seguir, sino lo que el Apóstol en nombre de los malos dice (d): Si no hay esperanza de otra vida, comamos y bebamos, porque mañana moriremos (e)? Pues quanto á este punto no se puede desear ni imaginar mas de lo que nuestra sancta fe y religion propone y enseña.

CAPITULO X.

Nona excelencia de la religion cristiana, que es la antigüedad della.

Tiene tambien otra excelencia esta sancta religion, que es la antigüedad della. Porque la antigüedad da autoridad á las cosas, y la verdad es simple, y constante, y siempre de una manera, como quiera que la mentira

(b) Job 19. (c) Véase el tom. 1. de la Guia, desde el c. 12. al 24 inclus. (d) 1. Cor. 15. (e) Esal. 22.

sea de muchas. Así vemos que para acertar en el fiel del blanco no hay mas que un camino derecho; mas para errar y desviarse dél hay muchos, y lo mismo acaesce en la verdad y en la mentira. Pues esta antigüedad y verdad se halla en nuestra fe y religion, la cual comenzó dende el principio del mundo, y así ha permanecido hasta hoy, y permanecerá hasta la fin. Porque constanos que Adam, de cuya penitencia se hace mención en el libro de la Sabiduría (a), tuvo revelación y conocimiento de Dios, y de su providencia, y de la manera en que él ha de ser servido, y de la pena y gloria que en la otra vida está deputada para buenos y malos. Y esta doctrina enseñó él á sus hijos, y señaladamente al inocente Abel, y de aquí se derivó en otros descendientes suyos, como fué Set y Enoch, hasta Noé. El cual tambien la enseñó á sus hijos, los cuales vieron la severidad del juicio de Dios contra los pecados en aquel tan espantoso castigo del Diluvio. A Noé sucedió Abraham, y corrió por su sancto hijo Isaac, y deste vino al patriarca Jacob. Y despues destes en la salida de Egipto sucedió Moisen, el cual dió por escripto en dos tablas de piedra la ley natural que Dios habia escripto en los corazones de los pasados. A la cual se acrescentaron las ceremonias de la ley, y los sacrificios, los cuales con todo lo demas figuraban aquel summo sacrificio del verdadero Cordero que habia de ofrescerse por los pecados del mundo, y pagar con la muerte que no debía, la que todos debíamos. Con la ley se juntaron los profetas, los cuales no ya por imágenes y figuras, sino por palabras claras denunciaron la venida del Salvador, y lo que habia de obrar en el mundo. A la ley y los profetas sucedió el Evangelio y la venida del Salvador, en la cual se cumplió todo lo que estaba figurado en la ley, y denunciado por los profetas. Y en esto se ve la concordia del Evangelio con la ley, y la del Nuevo Testamento con el Viejo. Porque no hay mas diferencia entre el uno y el otro, que haberse cumplido en el Evangelio lo que estaba profetizado y figurado en la ley, puesto caso que en el Evangelio se declaran mas distintamente los misterios que en aquel tiempo estaban encubiertos al pueblo comun, aunque no á los sabios y sanctos que entonces habia, y con esto se añadieron los siete sacramentos, que manaron de la fuente del costado de Cristo, que son los principales instrumentos y medios de nuestra salud; porque por ellos se nos da la gracia, los cuales hasta este tiempo no habian sido instituidos; porque esto se guardaba para la venida de Cristo, autor y fuente de la gracia, la cual él nos mereció por el sacrificio y mérito de su sagrada Pasión. Estos sacramentos se añadieron á la ley antigua, para perfeccionarla y cumplir lo que le faltaba. Pero en lo demas la misma fe, y los mismos dogmas que los sanctos tuvieron dende el principio del mundo, esos han corrido por todas las edades siguientes hasta la nuestra, y correrán hasta la fin del mundo. En lo cual se ve lo que al principio propusimos, que es la antigüedad de nuestra fe y religion.

CAPITULO XI.

Décima excelencia de la fe y religion cristiana, que es la estabilidad y firmeza della.

Así como la antigüedad de la fe es argumento de la verdad della, así tambien lo es la estabilidad y firmeza della; ántes estas dos excelencias son tan hermanas, que

(a) Sap. 10.

de la una se sigue la otra. Pues esta firmeza se ve en que habiendo sido la fe y la Iglesia cristiana por tantas partes combatida, nunca jamas pudo ser vencida. Porque contra ella se puso en armas todo el poder del infierno y del universo mundo, todos los grandes y poderosos, todos los pueblos, y reyes, y emperadores, todos de comun consentimiento conjuraron contra ella, estando ella desarmada, pobre, y flaca, y despreciada del mundo, y mas mansa que una oveja; y con toda esta flaqueza pudo mas muriendo y padeciendo, que todo el mundo matando y persiguiendo. Cada día morian millares de cristianos, las cárceles estaban llenas de presos, la sangre de los muertos corria por las plazas y calles, como en un matadero, y con todo esto no solo no pudieron sus perseguidores menoscabarla, mas (lo que sobrepuja toda admiración) quanto ellos mas la perseguian, tanto ella mas se multiplicaba; pues nos consta que entre esas persecuciones creció la Iglesia, y se extendió por el mundo, la cual en su principio no tenia mas que un rincón en los fieles de Judea. Y ni aquella soberbia Roma, que pudo con armas subjectar al mundo, pudo con todos sus tormentos vencer la Iglesia; ántes por el contrario Roma quedó vencida y subjecta al reino del Crucificado, á quien los emperadores romanos adoraron y reverenciaron como á su verdadero Dios y Señor, pisados y acoceados todos sus antiguos y falsos dioses.

A estos tiranos sucedieron los sabios del mundo, los filósofos, los dialécticos y oradores, con toda la cuadrilla de los herejes, cuales fueron Arrios, Sabelios, Nestorios, Pelagios, Macedonios, y otros semejantes monstruos, los cuales no ya con armas, sino con subtilezas y argumentos pretendian corromper y adulterar la pureza de la fe; mas nunca pudieron alterar ni mudar un solo punto della. Antes todos ellos se deshicieron y desvanecieron como humo, y la verdad de la fe por tantas partes, y por tantos modos combatida, quedó en su antigua pureza y virginidad, sin haber jamas admitido alguna tizne de error ó falsedad. Lo cual en ninguna otra religion ó secta se hallará, porque en todas ellas hay errores y falsedades. Pues haber permanecido nuestra verdad en toda su pureza tantos millares de años, habiendo sido impugnada con todas las fuerzas, y con todas las artes y máquinas del mundo y del infierno, argumento es que tiene á Dios por su protector y defensor, que la ha siempre defendido y amparado.

En lo cual es mucho de notar la diferencia que hay entre la verdad y la mentira; porque la mentira quanto es mas impugnada con razones y argumentos, mas descubre su falsedad; pero la verdad quanto es mas espulgada y examinada, tanto mas descubre su resplandor. Así vemos que el cieno quanto mas se bulle, peor huele; mas las cosas aromáticas y olorosas, quanto mas se trafriegan, mas suave olor dan de sí. Porque constanos como cosa clara, que dende el principio del mundo hasta hoy, ninguna religion ha habido que haya sido combatida por tantas vias como la nuestra. Porque las otras religiones (ó por mejor decir, supersticiones) no tuvieron repugnancia como la nuestra, y todavia ellas por sí mismas se cayeron, y la falsedad y mentira con el tiempo se descubrió; mas la verdad de la nuestra con tantos combates ha siempre crecido, y como el oro en la fragua, ha descubiertó mas su fineza y resplandor.